



Lo que
LLENÓ
mi vacío

Nací en Chimalhuacán, Estado de México, en 1996. Cuando era pequeño, me escapé de casa y viví un año en las calles de Ciudad de México. Crecí en un albergue y cuando tenía 15 años ya fumaba, bebía alcohol y consumía drogas.

A los 19 años, siendo esclavo del pecado, Dios me buscó a través de su Palabra. Cada vez que escuchaba la Biblia, sentía una vergüenza muy grande, tanto que quise huir de la Palabra de Dios, porque mi consciencia sabía que a Dios no le podía esconder nada de mi vida.

Tiempo después visité a mi familia, y en aquella visita un pariente dijo: “De todos modos todos nos vamos a ir al infierno”. Ese comentario me recordó: ¡Aún te espera el infierno! Quise calmar mi conciencia poniendo mi confianza en mis obras para salvarme del infierno. Una psicóloga, al escuchar mi deseo de salvarme, me presentó a un cristiano. Por primera vez conocí lo que Dios piensa de mi pecado, y cuáles son sus consecuencias. Sin embargo, el Señor Jesucristo dijo: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5.31-32). Desde aquel momento comencé a entender

que en el Señor Jesucristo hay salvación, vida eterna, paz y perdón.

Un día, en la predicación del Evangelio, leyeron en Juan 4 donde habla de la mujer samaritana. Igual que aquella mujer, yo tenía un corazón vacío que no había podido llenar con nada. “Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás”, dijo el Hijo de Dios (Juan 4.14). Aquel día miré por fe a la cruz donde el Hijo de Dios “herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Isaías 53.5), y me quedé sorprendido de lo que Él hizo por mí. Quise confirmar si había entendido bien, y esa noche le pregunté a un cristiano: “¿Es correcto lo que estoy entendiendo?”.

Enseguida me llevó otra vez al monte Calvario, y miré al Señor Jesucristo siendo castigado en mi lugar, coronado de espinas. Vi la sangre que derramó para limpiarme de todo pecado y vi las heridas en sus pies y manos, para que Dios me pudiera salvar del infierno. Las palabras del Señor Jesucristo confirmaron mi perdón cuando declaró: “Consumado es” (Juan 19.30). Ya todo está pagado. Por primera vez dejé mi incredulidad a un lado y creí la Palabra de Dios. Puse mi confianza en el Hijo de Dios y lo recibí como mi Salvador. Des-

de aquel momento mi alma tiene paz,
porque “el Hijo del Hombre vino a
buscar y a salvar lo que se había per-
dido” (Lucas 19.10).

Christian E.



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com